

le impulsaron en la senda que debía llevarle á su perdición. Las circunstancias no podían ser más desfavorables. A principios de 1867, los republicanos eran ya dueños de las plazas más importantes del país, como Matamoros, Monterey, Chihuahua, San Luis de Potosí, Aguas-Calientes y Guadalajara; avanzaban sin obstáculo, tomando sucesivamente posesión de las que dejaban las tropas francesas para concentrarse en algunos puntos importantes; y habían conseguido apoderarse de la mayor parte de los caminos que conducían desde el interior del país á la capital.

Juarez se había trasladado á San Luis de Potosí donde estableció el centro de su gobierno, publicando un manifiesto en que aseguraba que la intervención norteamericana era puramente moral, y que sólo sería material á petición del gobierno de la República mejicana, en cuyo caso las tropas que entrasen en el país serían puestas á las órdenes del mismo Juarez. La suerte era propicia en todo al presidente de la República. Su competidor Ortega logró penetrar en Méjico; pero fué aprisionado por las tropas juaristas en Zacatecas el 9 de Enero. Poco antes de ser preso, Ortega había publicado un manifiesto declarando ilegal y bastarda la administración de Juarez, y acusándole, con más pasión que justicia, de haber destruido el régimen constitucional, introducido la división en el partido republicano, prolongado con su obstinación la guerra civil y extranjera, y apelado á la intervención de los Estados-Unidos para sostenerse en el poder.

La victoria que Miramon consiguió sobre las tropas de Escobedo y la toma de Zacatecas por aquel el 27 de Enero, no fueron sino las últimas llamaradas de un poder que se extinguía. Zacatecas es una ciudad importante, situada en el camino de la capital á San Luis de Potosí, hácia cuyo último punto se dirijían los generales Mejía y Miramon. Concentrados los imperialistas en Querétaro, debían pasar primero por San Luis de Potosí antes de acometer á Zacatecas, donde Juarez, que había partido de Durango el 16 de Enero, debía llegar el 19 ó el 20. Partiendo Miramon de Querétaro, intentó sorprender á Juarez con una marcha atrevida. En vez de poner sitio á San Luis, dejó esta

ciudad á un lado, avanzando directamente sobre Zacatecas. Este golpe de mano salió en parte bien; Zacatecas cayó en su poder, pero no pudo cojer á Juarez, quien se salvó merced á la velocidad de su carruaje, y tuvo que pasar la noche del 31 escondido en un granero del pueblo llamado Fresnillo.

Poco tardó Escobedo en tomar la revancha del descalabro de Zacatecas. En un choque que tuvo el 1.º de Febrero con el coronel D. Joaquin Miramon, hermano del general, Escobedo lo derrotó haciéndole 300 prisioneros, de los cuales 139 eran franceses y algunos austriacos. El jefe republicano mandó que inmediatamente fueran pasados por las armas todos los extranjeros que habían caído prisioneros en la jornada del día 1.º, con escepción de los heridos, fundándose en que se habían enganchado voluntariamente al servicio del usurpador para ingerirse en las disensiones de Méjico, enardecer las pasiones, agitar la guerra civil; acusábalos además de haber cometido depredaciones y ultrajes de lesa humanidad al apoderarse de Zacatecas, por todo lo cual habían perdido el derecho á toda consideración.

Cumplióse en efecto el mandato de Escobedo al pié de la letra, y los 139 desgraciados prisioneros fueron fusilados en San Jacinto el 3 de Febrero, incluso el coronel Miramon. Profunda fué la sensación que produjo dentro y fuera de Méjico esta espantosa tragedia. En los Estados-Unidos, hasta los periódicos más afectos hasta entonces á la causa de Juarez, no pudieron ménos de censurar severamente el proceder del general Escobedo, exhortando al gobierno de Washington á intervenir para que la tierra americana no se deshonrara con tan sangrientas hecatombes. No fué inútil la actitud de la prensa americana, pues á ella debió sin duda que el Gobierno se dirijiera á Juarez, recomendando que se observasen las leyes de la guerra con los prisioneros.

La situación del Imperio se iba pues agravando de día en día. Todo podía depender de una torpeza ó de una decepción; mas para algunos de los más entusiastas imperialistas, la situación no había llegado á ser completamente desesperada. Los tres gene-

CAPÍTULO III.

Movimientos militares en Febrero de 1867.—Sitio de Querétaro.—El general Marquez es nombrado lugar-teniente general del Imperio.—Marcha á Méjico á traer refuerzos.—Combate del 27 de Marzo.—Situación desesperada de los sitiados.—Éndese Querétaro el 13 de Mayo.—El coronel Lopez es acusado de haber entregado la plaza.—Publica un manifiesto para justificarse.—Comportamiento de Maximiliano durante el sitio.—Marquez en Méjico.—Los republicanos toman á Puebla por asalto.—Sale Marquez de la capital en auxilio de Puebla, y es derrotado en San Lorenzo.—El general Porfirio Diaz empieza el sitio de Méjico.—Gestiones que se hicieron para salvar á Maximiliano.—Sucesos de la capital.—Maximiliano llama á los abogados Riva Palacio y Martínez de la Torre para que se encarguen de su defensa.—Llegan á Querétaro.—Piden próroga para preparar la defensa del Emperador.—Marchan á San Luis de Potosí, residencia de Juarez.

I.

Desde mediados de Febrero de 1867, todas las tropas juaristas de las provincias septentrionales del territorio mejicano, se dirijían hácia el Sur con intención de agruparse en derredor de la capital. Canales estaba en Victoria, Estado de Tamaulipas; Escobedo en San Luis de Potosí, acechando la ocasión de lanzarse sobre Querétaro; Cortina en Mier sobre el Rio-Grande; y Porfirio Diaz, más audaz que ninguno, se preparaba para colocarse entre Méjico y Veracruz, con objeto de atacar á Puebla. Pero al mismo tiempo que las tropas juaristas, diseminadas, verificaban del Norte al Sur esta marcha combinada sobre la capital, los generales imperialistas Miramon y Mejía, ejecutaban otra en sentido contrario, de Sur á Norte, y se dirijían hácia Zacatecas y San Luis para impedir que los juaristas llegaran pronto cerca de Méjico.

El ejército imperialista contaba cerca de 30.000 hombres, componiéndose de tropas regulares organizadas en divisiones, con caballería, artillería, y varias compañías de ingenieros. Sobre las tropas juaristas, más numerosas, presentaba la ventaja de ofrecer una fuerza compacta; pero en cambio los imperialistas no tenían tanta fé en su causa como los republicanos. El total de las fuerzas juaristas se elevaba á más de 60.000 hombres, pero diseminados en un espacio

rales que mandaban las tropas imperiales Marquez, Miramon y Mejía, eran verdaderamente hombres de guerra, y la suerte del Imperio, bajo el punto de vista militar, se hallaba en sus manos. Necesitábase sin embargo algo más para desvanecer el desaliento que empezaba á apoderarse de las tropas imperiales, y conociéndolo así, decidió Maximiliano tomar personalmente el mando superior del ejército.

El 13 de Febrero salió de Méjico á la cabeza de 6.000 hombres, con dirección á Querétaro, en cuyos alrededores se iban concentrando numerosas fuerzas republicanas, dejando encargado al general Tavera del mando militar de Méjico. Antes de partir para el teatro de la guerra, el Emperador, vestido con el uniforme de general mejicano, pasó revista á las tropas concentradas en el pueblo de San Angel, acompañado del general Marquez y de un lucido Estado mayor.

Llegó á San Juan del Rio el 17, en cuyo punto publicó una proclama anunciando su resolución de ponerse al frente del ejército en los siguientes términos: «Hoy me pongo al frente y tomo el mando de nuestro ejército que apenas hace dos meses podía principiar á reunirse y á formarse. Este día lo deseaba yo ardientemente desde hace mucho tiempo, pero obstáculos ajenos á mi voluntad me detenían. Ahora, libre de todos los compromisos, puedo seguir solamente mis sentimientos de bueno y leal patriota. Nuestro deber como leales ciudadanos, nos obliga á combatir por los principios más sagrados para el país; por su independencia que se vé amenazada por hombres que en sus miras egoistas quieren negociar hasta con el territorio nacional, y por el buen orden interior, que vemos cada día ofendido de la manera más cruel para nuestros compatriotas pacíficos. Libre nuestra acción de todo influjo, de toda presión extranjera, buscamos el mantener muy alta nuestra bandera nacional.»

El general Marquez fué nombrado jefe del cuartel general imperial, y bajo el mando en jefe del Emperador fueron colocados los generales Miramon, Mejía, Mendez y Vidaurri.

cinco veces mayor del que ocupaban los imperialistas.

El plan de los generales de Maximiliano, que en el principio de la campaña obraron con incontestable unidad, consistió en no tantear más que la toma de San Luis de Potosí, donde pensaban encontrar un cuerpo de 4 ó 5.000 hombres, el más numeroso y disciplinado de los que tenían los republicanos. Si triunfaban en esta tentativa, el ejército regular se contentaría con guardar á San Luis, Méjico, Puebla y Veracruz, formando al propio tiempo cuerpos de guerrillas para hacer á los disidentes una guerra en detalle, parecida á la que estos empleaban. Ya el general Marquez había empezado á organizar una guerrilla de 3.000 hombres, cuyo mando tomaría en persona, y con la cual se proponía marchar directamente al encuentro de Juarez, cuyo proyecto, como ya hemos indicado, realizó al fin Miramon en Zacatecas con éxito incompleto.

El Emperador llegó á Querétaro el 19 de Febrero, cercada ya por Escobedo, que solo esperaba nuevas fuerzas y más artillería para sitiarla en regla. Todo hacía presentir que en Querétaro iba á librarse la batalla decisiva, y allá concurrieron los mejores generales de uno y otro bando, poniendo todo su ahinco, unos en defender la plaza, otros en apoderarse de ella y aprisionar á Maximiliano. Desde el 14 de Marzo se formalizó el sitio, que pronto llegó á ser bloqueo riguroso. La guarnicion de Querétaro ascendía á 8.000 hombres, de los cuales 600 eran franceses y belgas. Las fuerzas sitiadoras, al mando superior de Escobedo, no pasaban segun unos de 14.000, al paso que otros hacen elevar la cifra á 22.000 hombres. Los imperialistas no tenían caballería, su artillería era escasa y las privaciones del sitio iban debilitando la energía física del soldado.

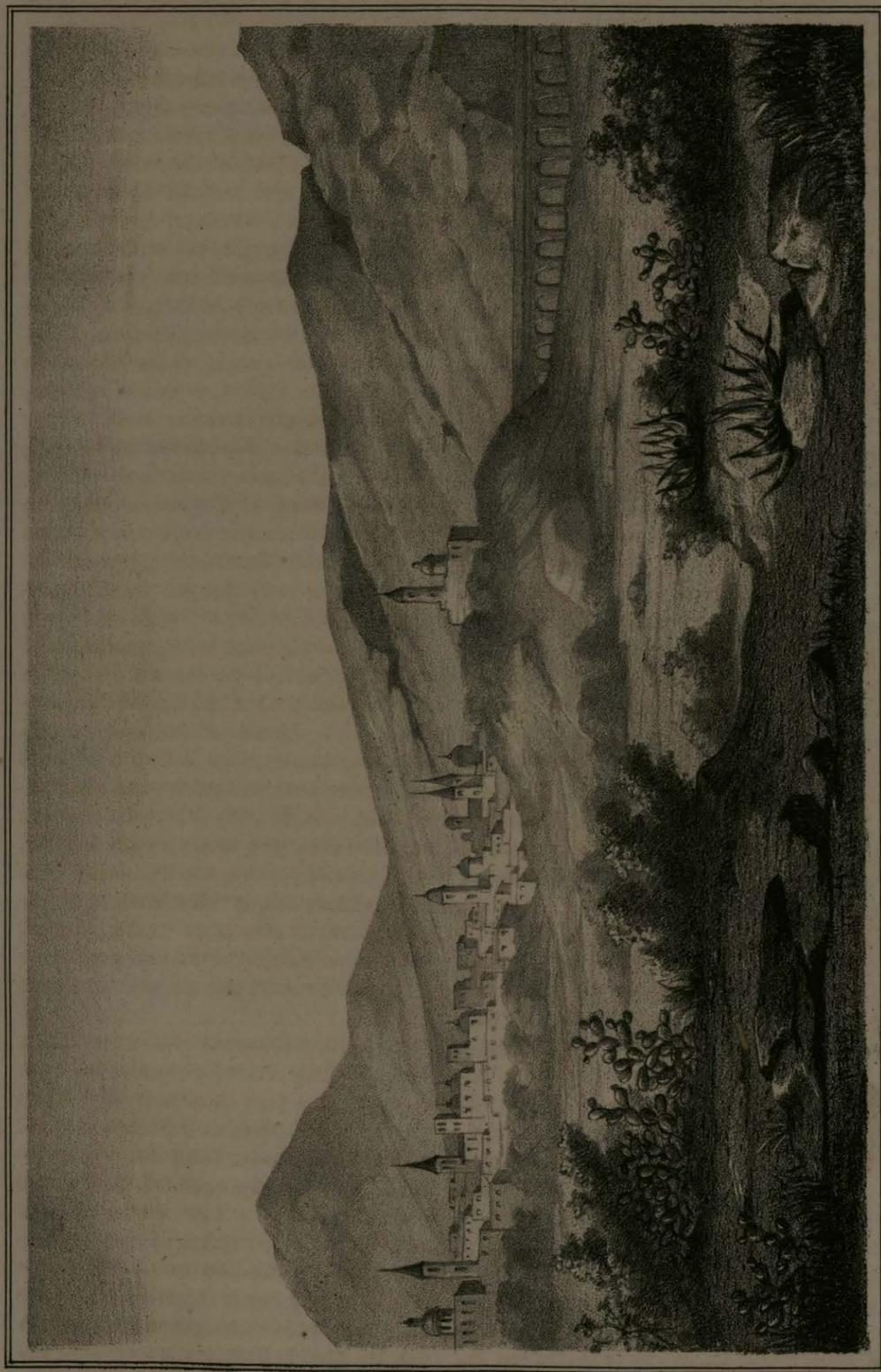
Durante todo el mes de Marzo los imperialistas rechazaron con vigor y buen resultado, los repetidos ataques de los republicanos, logrando grandes ventajas en las diversas salidas que verificaron; pero estos combates encarnizados, que terminaban con ventajas para las tropas imperiales, no eran sin embargo decisivos. El cerco se iba estrechando cada vez más, y empezaban á

escasear los víveres en la plaza, porque el plan de Escobedo consistía principalmente en reducir por hambre al ejército imperial, y en impedir que le llegaran refuerzos y socorros de la capital. Conociendo lo crítico de su situación, el Emperador intentó entablar negociaciones con el gobierno de Juarez; pero este no quiso prestar oídos á nada que no fuera rendirse á discrecion. Cuando la situación se hizo ya desesperada para el ejército imperial, el general en jefe de las fuerzas sitiadas dirigió una comunicacion al de las sitiadoras, ofreciendo rendirse bajo ciertas condiciones; pero Escobedo, en conformidad con las instrucciones de su gobierno, contestó que no podía tratar con traidores que habian cometido el doble crimen de levantarse contra el gobierno y de solicitar el apoyo de la intervencion extranjera.

El 19 de Marzo el Emperador tomó una resolucion estrema. Por decreto de la misma fecha, nombró lugarteniente general del Imperio al general Marquez, confiriéndole poderes casi absolutos. Marquez consiguió abrirse paso por entre las líneas enemigas, y dirigirse por las montañas á la capital, adonde llegó el 23. El 14 de Abril el príncipe de Salm-Salm simuló un ataque contra las líneas liberales, para facilitar la salida de cinco mensajeros por cinco puntos diferentes. Cada uno de ellos era portador de un despacho encerrado en un pedazo de cera, de modo que pudiera ser tragado en caso de necesidad. Dos de estos hombres consiguieron salir; pero llegaron á la capital, cuando ya Marquez habia sido derrotado por Porfirio Diaz, y no podía prestar socorro alguno.

En la plaza escaseaban los víveres, hasta el punto de no comer los soldados más que carne de mula y de caballo, y dia hubo en que casi faltó este recurso. Las mujeres llevaban de comer á los soldados á las trincheras, y muchas murieron. Maximiliano vivía como simple soldado, estando siempre en la brecha lleno de abnegacion y de esperanza, exponiéndose sin cesar á los mayores peligros, y siendo objeto de admiracion para los mismos contra quienes combatía. A fines de Abril la situación de los sitiados era ya casi insostenible, y el Emperador resol-

MÉJICO.



Lit. de N. González, Madrid.

VISTA GENERAL DE QUÉRÉTARO.

vió atacar las posiciones de los sitiadores, y si era posible abrirse camino, para replegarse despues sobre Méjico.

Las tropas imperiales recibieron con entusiasmo la órden de marchar sobre el enemigo, animadas por la presencia de Maximiliano, por la confianza que les inspiraba la pericia militar del general Miramon, y sobre todo por evitar los horrores del hambre que cada vez se dejaba sentir más. El combate tuvo lugar el 27. Los republicanos ocupaban una fuerte posición, apoyada en las alturas de San Gregorio que dán frente á la ciudad. Dichas alturas dominan el camino de Méjico, y era preciso que Miramon se apoderase de ellas para proseguir su movimiento.

El general Miramon dispuso el ataque concentrando su principal fuerza contra la posición ocupada por el enemigo, al mismo tiempo que otra columna operaba sobre el flanco izquierdo de aquel. Más afortunada que el grueso del ejército imperial, la columna volante logró arrollar á los republicanos, no habiendo podido Miramon aprovecharse de aquella ventaja, por haber sido rechazado en tres ataques intentados por él contra las alturas, centro de la posición de los sitiadores. No obstante, el intrépido general rehizo su gente, y animándola con su gesto la condujo de nuevo al combate, y ya habia logrado desconcertar al enemigo, cuando Miramon cayó herido de un balazo que recibió en una pierna. Esta desgracia hizo perder la confianza á los imperiales que retrocedieron, y al decir de los republicanos huyeron y aun fueron aniquilados, logrando muy pocos de los fugitivos penetrar en la ciudad.

El 1.º de Mayo hicieron los sitiados otra salida al mando del general Miramon. Tampoco tuvo resultado, y en ella pereció el valiente coronel Rodriguez, del ejército imperial. La desmoralización se apoderó en seguida de las tropas haciendo rápidos y terribles progresos. Los víveres ya muy escasos, faltaron de repente, y hasta faltó el agua, por haber cortado los juaristas el acueducto. No habia ni pan ni huevos, y los caballos del regimiento de la Emperatriz se alimentaban con corteza de fresno. La mala nutrición del soldado no podia ménos de ejer-

cer gran influencia sobre sus fuerzas, así es que su valor físico le hacia traición en los combates. Por aquellos días, el general Ramirez fué preso con su estado mayor por haber querido entregar la plaza.

Solo el sentimiento del honor sostenia el cuerpo de los oficiales que sucumbían á las privaciones. En vano el infortunado Maximiliano prodigaba á su ejército los ejemplos de valor y de paciencia en aquellos momentos de prueba; los soldados sin fuerza, debilitados por los sufrimientos, veían que su posición era cada vez más desesperada. Cuando Leonardo Marquez salió de Querétaro para ir, en virtud de órdenes recibidas, á recojer todas las fuerzas y recursos de que pudiera disponerse, apenas le fué posible reunir 4.000 hombres en todo Méjico. Desde entonces todo el mundo previó el fin del sitio. Maximiliano no recibía correos ni noticias de ninguna parte: no tenia ya esperanza de ningun socorro; todo pues estaba perdido.

Las comunicaciones se agotaron, y hubo necesidad de arrancar los plomos de la techumbre del teatro, para fabricar balas. La situación llegó á ser tan desesperada, que Maximiliano resolvió tentar un supremo esfuerzo para abrirse paso al través de las líneas enemigas, ganar las montañas y llegar á Veracruz. Mejia fué encargado de la ejecución del movimiento que debia tener lugar el 14, víspera del día en que tuvo lugar la ocupación. Todos los vecinos útiles habian sido armados para sostener la plaza durante la retirada. Todo se preparó para una salida decisiva, pero antes quiso parlamentar con el general Escobedo, escojiendo para esta misión delicada á D. Miguel Lopez, coronel del regimiento de caballería de la Emperatriz, el mismo á quien se increpó despues de haber vendido la plaza, y cuya version seguiremos en parte con respecto á los últimos sucesos ocurridos en Querétaro.

En la noche del 14 de Mayo, el infortunado Emperador preguntó á Lopez, si tendria valor para salir de la ciudad y dirigirse al campo enemigo para tratar con él. En vista de su contestación afirmativa, le ordenó partir con el más profundo secreto, y pedir la libertad de abandonar la plaza con el regi-

miento de la Emperatriz y algunas personas de su séquito. Lopez se trasladó al campamento enemigo, y fué recibido con las formalidades ordinarias parlamentarias, siendo presentado al general en jefe de las tropas republicanas. En la breve conferencia que celebraron, manifestó Lopez el deseo del Emperador, á lo que el general contestó que no estando autorizado por su gobierno para dar garantías, era indispensable que el Emperador se rindiera á discrecion ó continuara la lucha.

Tan pronto como llegó Lopez, lo recibió el Emperador, preguntándole con ansiedad sobre el resultado de su mision. Cuando supo la contestacion de Escobedo, con un desaliento visible mandó desensillar los caballos del regimiento de la Emperatriz y de su escolta, que estaban preparados para salir, y despues se fué á acostar.

Aquella noche debia concluir con el vacilante poder de Maximiliano. Ya fuese que la plaza fuese entregada por Lopez, por 3.000 onzas de oro, como entonces se dijo, ya por una sorpresa del enemigo, que conocia por los desertores las intenciones de los sitiados y el estado de debilidad en que se encontraban, lo cierto es que penetraron en la ciudad por la puerta de la Cruz, en la madrugada del 15 de Mayo. Al amanecer, Maximiliano, con algunas personas de su séquito, soldados de diversos cuerpos y otras personas estrañas al ejército, se presentó á pié en la calle, y fué hecho prisionero por las fuerzas enemigas.

Segun la version de Lopez, la vigilancia estaba á cargo de un jefe de dia y de un capitan de servicio de noche, que recibian diariamente la órden especial de velar el jardin y el panteon. Habia además una ronda de jefes y oficiales del depósito comisionada para el mismo objeto. En justificacion de su conducta, Lopez advierte, que la distribucion de las fuerzas defensivas no fué hecha por su órden, sino que lo estaba ya cuando se le confirió el mando de la brigada que cubria aquella línea y servia de reserva. Así, pues, la plaza cayó en poder de los sitiadores por una sorpresa á que no pudieron resistir los sitiados, á causa del estado de fatiga de los soldados y el agotamiento de todos sus recursos.

Entre las causas que segun Lopez contribuyeron á la toma de Querétaro cita las siguientes: el general Silverio Ramirez fué relevado de su puesto y encerrado en un calabozo por haber escrito al general Mejia escitándole para que decidiera al Emperador á tratar con el enemigo, puesto que todo el país estaba contra el Imperio, y recordándole el partido que el mismo Mejia podía sacar de Escobedo, á quien habia salvado la vida.

El comándante Adame fué tambien preso, porque se le suponía en relaciones con el enemigo. El coronel Ontiveros se pasó al campo enemigo con 700 hombres, abandonando sus puestos en la noche de 14 de Mayo. Los generales Casanova y Escobar fueron llamados de sus líneas sin que se supiera la causa de esta medida, que sembró la desconfianza en sus tropas. El coronel Villasarca, que mandaba el batallon de cazadores, se debió pasar tambien al enemigo, porque nadie le vió durante la jornada.

II.

Hasta aquí la version de Lopez, en lo que se refiere á la noche del 15 de Mayo; pero segun otras versiones, él fué realmente quien vendió la plaza. Las inteligencias entre Lopez y Escobedo tuvieron principio en la semana que precedió á la entrega, siendo intermediario entre ellos el general Velez. Dos jefes subalternos de Lopez fueron sus cómplices, recibiendo cada uno de ellos 1.000 onzas de oro. El 14 por la noche, el principal de los tres traidores avisó á Escobedo que sería atacado al dia siguiente; y poco despues de las doce de la misma, 200 hombres procedentes del campo liberal, eran admitidos en la fortaleza y recibidos á su puerta por Lopez y sus dos cómplices. La guarnicion se hallaba formada, y rindió las armas á la voz de su general, sin dispararse un solo tiro.

Consumado aquel acto decisivo, una imponente fuerza enviada por Escobedo al mando del general Riva-Palacio, penetró en el fuerte y desde él se dirigió al interior de la ciudad y cercó el alojamiento de Maximiliano. Guiado aquel por los traidores, sorprendió los centinelas imperialistas, y les

intimó la rendicion. Maximiliano se hallaba vestido, y aunque empuñó su espada, pronto se aperció de la verdad, y se mantuvo conservando la mayor dignidad. Manifestó entonces á Riva-Palacio que sólo se entregaria á Escobedo, y le rogó que respetase, interin se presentaba, la vida de los generales imperiales, sorprendidos como él en sus alojamientos. Al presentarse Escobedo, el prisionero le entregó su espada.

Acusado de haber vendido el puesto militar de la Cruz, y que de su traicion dependió la rendicion de la plaza, y más tarde los tristes acontecimientos que sobrevinieron, el coronel Lopez publicó un estenso manifiesto. Las razones que aduce, si no desvanecen todos los cargos contra él propalados, sonsin embargo de bastante peso para suspender el juicio; porque la verdad es que rendida Puebla, y cercadas Méjico y Veracruz, no habia necesidad de apelar á la traicion para apoderarse de una ciudad que no esperaba auxilio de ninguna parte, exhausta de víveres y municiones, y cuyos defensores, cansados por las fatigas de tan prolongado sitio, no podian humanamente prolongar más tiempo la resistencia. La rendicion de Querétaro se esplica sin apelar á la traicion; bastaba una vigorosa acometida por parte de los sitiadores, que no ignoraban el desaliento y la situacion precaria en que se encontraban los sitiados; y tal hicieron en la madrugada del 15 de Mayo, atacándola en medio de la noche y por sorpresa.

«Yo no he cometido traicion alguna ni he vendido nada,—dice el coronel Lopez en su manifiesto.—No he faltado á mis deberes de soldado ni á los de la amistad. No he tenido, pues, que recojer el fruto de una série de traiciones. Si me creyese culpable de una traicion, debo confesarlo, tendria bastante ánimo para lavar esta infamia arrojándome en brazos de la muerte, único recurso que nos dejan los remordimientos en este mundo, y el único tambien que puede evitar á la familia una mancha tan ignominiosa.»

El coronel Lopez esplica su presencia entre las fuerzas enemigas que habian penetrado en Querétaro de la manera siguiente: «Maximiliano se retiró á su alojamiento, y yo, preocupado con la suerte del ejército, absorto en pensamientos de todo género, me

diriji á recorrer la línea que se me tenia confiada. No habia hecho más que llegar á la puerta de la Cruz, punto principal de mi vigilancia, y especialmente recomendada á los jefes encargados de la defensa, cuando me ví rodeado de oficiales y soldados que me pusieron sus armas al pecho, haciéndome su prisionero. Cojido de improviso, ni pude defenderme ni huir, aprovechando los enemigos este momento para dirijirse á la morada del Emperador. Ganar tiempo y advertir á Maximiliano para que huyera, tal fué mi única idea, y al efecto me diriji al general Velez, haciéndole observar que sería humanitario evitar la efusion de sangre. El coronel Yabloski aceptó el encargo de avisar al Emperador que no tenia ya tiempo más que para la huida, ignorando cómo el coronel pudo tardar tanto en cumplir su mision.

Al amanecer, Maximiliano, con algunas personas de su séquito, soldados de diversos cuerpos y personas estrañas al ejército, se presentó á pié en la calle, siguiendo de cerca á los que me habian hecho prisionero, y aprovechando un momento de confusion, ocasionado entre los soldados de la República, que marchaban bajo las órdenes de Francisco, corrió sobre un mal caballo al lado del desgraciado principe, siguiendo la misma direccion que los soldados. Esto ocurriria delante de la fonda del Aguila Roja. Todos estos hechos pueden ser confirmados por el principe de Salm, Yabloski, Pradillo, cuya honradez es notoria, por el doctor Blask, don José Blasio, y por los empleados y oficiales de la República que se encontraban en el lugar de los sucesos.

«Mi conducta se ha dirijido esclusivamente á proporcionar al Emperador el tiempo de alejarse evitando una inútil efusion de sangre. Si hubiera podido provocar una lucha provechosa, estoy seguro de que Maximiliano, en vez de buscar su salvacion, segun se lo habiamos suplicado, se hubiese presentado sobre el terreno del combate, porque era naturalmente bravo y participaba de los peligros de sus subordinados. Lo dicho hasta aquí hará comprender mi situacion, y rectificar el error de los que se han atrevido á convertir mi conducta en un acto de infame traicion.

«¿Habré sido traidor por cobardía? No,

porque he dado pruebas de lo contrario. ¿Por ambicion? Tenia la proteccion y la amistad del Emperador. ¿Por necesidad? Tengo con qué vivir. ¿Por ódio? ¿Contra quién? ¿Por recibir una suma de dinero? Se ha dicho que se me entregaron de 10 á 60.000 duros como precio de mi infamia. Yo pongo á disposicion del que pruebe que me he vendido, los títulos de propiedad que poseo. Lejos de esto, yo estoy prisionero, he perdido mis caballos, mi equipaje y el dinero que tenia, incluso 100 duros que Mr. Dano me habia dado por órden del Emperador, resto de los 1.600 que habia recibido para preparar la salida en la noche fatal de 14 de Mayo. ¿Habré sido traidor para recabar mi seguridad? Se sabe que estoy prisionero, como mis compañeros de armas, y que mi vida está á disposicion de la República.

Por lo demás, los antecedentes de Lopez se prestaban á que los rumores sobre su traicion hallaran eco en la opinion pública. El general Adriano Woll, que fué primer ayudante de campo del Emperador, publicó en la prensa europea un hecho relativo á Lopez, que ciertamente no le honraba mucho. Siendo Woll presidente de la comision encargada de la revision de los despachos de todos los generales, jefes y oficiales del ejército mejicano, se le presentó Miguel Lopez, que aun no habia llegado á la alta graduacion que tenia en Querétaro, solicitando que se le revalidára en su empleo; Woll le dijo que no queria ni debia revisar sus despachos; que él debia saber por qué y que deseaba que no le obligára á decirselo. La razon de esta negativa era que habiendo pedido informés al Estado Mayor general, se le habia manifestado que, algunos años antes, Lopez habia hecho traicion al gobierno entonces existente, habia desertado y se habia pasado al enemigo.

Posteriormente Lopez prestó algunos servicios al ejército francés; fué guia de las tropas del general Bazaine en el combate de San Lorenzo, y se hizo notar por su actividad y por algunos actos de valor, hasta el punto de que el general Forey creyera deber condecorarle. Poco tiempo despues el general Bazaine, le hizo oficial de la Legion de Honor. En los últimos meses del Imperio,

Lopez se captó la confianza del Emperador, escoltó á la Emperatriz en su viaje á Veracruz, y fué promovido al grado de coronel de caballería.

A las tres de la madrugada fué sorprendida la Cruz por una columna de la division del Norte, mandada por el general Riva-Palacio, y cubria la derecha de esta línea, apoyada por un cuerpo de supremos poderes. Los generales Velez y Chavarria, siguiendo las instrucciones del cuartel general, marchaban al frente de la columna. A las cinco de la mañana todo Querétaro caía en poder de los republicanos, y á las diez estaban prisioneros Maximiliano, Miramon, Mejía, Severo del Castillo, Reyes, otros 10 generales, 18 coroneles, 15 tenientes-coroneles, 16 capitanes, 36 mayores, 338 oficiales subalternos, más de 8.000 hombres de tropa y además 60 piezas de artillería y todos los pertrechos de guerra que el enemigo tenia en la plaza.

Cuando amaneció el dia, Maximiliano recibió en el cerro de Campana el fuego de las posiciones enemigas que juzgaba suyas, y convencido de que era inútil toda resistencia, mandó á Escobedo su bandera, y un recado; que algunos dicen fué una carta, con estas palabras: «Me rindo á discrecion para evitar un inútil derramamiento de sangre. Pido tres favores: primero, que no se me ultraje; segundo, que si se nos ha de fusilar, se me fusile el primero; tercero, que si se me fusila, no se insulte ni mutile mi cadáver.» Escobedo contestó que todo se le concedia.

III.

Así terminó el sitio de Querétaro, que por la persistencia del asedio y el valor de la defensa, puede decirse que figura sin rival en la historia de Méjico. Sesenta y nueve dias duró, en cuyo espacio de tiempo la guarnicion se sostuvo con una tenacidad que en otras circunstancias se habria llamado heróica, pues tuvo que luchar no solamente con los enemigos exteriores, sino tambien con el hambre y con los traidores que habia en sus propias filas. Marquez habia salido casi al empezar el sitio, pero Marquez no volvió con los socorros ofrecidos.



Lit. de N. Gonzalez, Madrid.

ESCOBEDO.

La plaza llegó á estar completamente bloqueada. Los puentes estaban destruidos, y los caminos vigilados por las guerrillas juaristas. El cerco puesto por los republicanos, no solo impedía eficazmente la entrada de víveres, sino que varios correos que se habían enviado á Marquez, con el aliciente de una cuantiosa recompensa pecuniaria, si lograban regresar con la respuesta de aquel general, fueron aprehendidos. Uno de ellos amaneció un día colgado á la vista de las avanzadas del campamento imperial, con una tablita en el pecho, y en ella una inscripción que decía: *Quinto correo de Marquez.*

La responsabilidad de lo sucedido en Querétaro, toca en gran parte á los generales imperialistas Miramon y Marquez, cuya rivalidad impidió que las fuerzas sitiadas obráran con la necesaria unidad para defender la plaza. Parece que desde un principio ó desconfiaron de sus fuerzas, ó no quisieron, por mezquina envidia, permitir que el elemento extranjero prestase todo el importante auxilio que podía. Si ellos hubiesen atacado parcialmente á Escobedo y Corona desde los primeros días, cuando estos entraban en el valle de Querétaro, en vez de permanecer estúpidamente detrás de sus trincheras, permitiendo que el enemigo flanquease y estrechase la ciudad, el sitio de esta no hubiera llegado á formalizarse; ó más bien si lo hubiesen hecho el día 15 de Marzo, en la mañana siguiente al día en que los liberales fueron completamente rechazados en su tentativa de apoderarse por asalto de la ciudad, el resultado hubiera sido tal vez desastroso para la causa de Juárez.

Durante el sitio de Querétaro, Maximiliano fué el alma y la vida de la defensa. Siempre alegre y con esperanza, valiente hasta la temeridad, y sufrido en las más difíciles circunstancias, supo hacerse admirar hasta de sus mismos enemigos. Pocos generales han expuesto tanto su vida, ni ninguno tenía más pobre alimento, ni peor habitación. Era raro ver en su mesa platos más delicados que carne de caballo y de arroz, en tanto que su Estado mayor tenía pollos, pavos y vino. Un oficial que entró una mañana en el cuarto del Emperador lo

encontró sentado almorzando tranquilamente, pero sin plato, ni tenedor ni cuchillo.

Con frecuencia se levantaba á media noche y rondaba solo. Por dos veces sus generales le suplicaron que con toda la caballería se abriera camino hasta Méjico; pero Maximiliano se negó diciendo, que combatiría con ellos hasta el fin. Maximiliano no tenía más que 50 duros diarios para sus gastos, con los cuales debía pagar hasta á los ordenanzas que cuidaban sus dos caballos, y rara vez encontraba en la calle un soldado ó un mendigo sin darle un duro. Siempre fué compasivo con los prisioneros republicanos. En cierta ocasion, el príncipe de Salm-Salm intentó una salida para apoderarse del general juarista Martinez, que se hallaba en un hospital de sangre fuera de Querétaro, para que sirviera de rehenes: el Emperador ordenó terminantemente que si se conseguía llegar hasta él, no se le tocara, si su estado habia de producirle la menor agravacion de dolor físico al ser trasladado á la plaza.

IV.

Ya hemos dicho que el general Marquez consiguió atravesar las líneas enemigas al salir de Querétaro, y abrirse camino hasta la capital, donde llegó el 23 de Marzo. Al siguiente día de su llegada hizo publicar en el *Diario del Imperio* el decreto en que se le nombraba lugarteniente general del Emperador con plenos poderes, destituyó al ministro Lares, nombró al general Vidaurri ministro de Hacienda, á Iribarren del Interior, y conservó á Murphy en el departamento de Negocios extranjeros. Carecían los imperialistas de dinero para proseguir aquella guerra insensata, y era preciso tenerlo sin reparar en los medios de adquirirlo. El general Marquez decretó un empréstito forzoso de 800.000 pesos, obligatorio también para los extranjeros, y en ménos de treinta y seis horas, gracias á las amenazas de que se valió, consiguió reunir la mitad de dicha suma.

Algunos días despues (30 de Marzo), Marquez salió de Méjico, con objeto de libertar á Puebla, sitiada por Porfirio Diaz, al frente de 5.000 hombres, reclutados en su mayor

parte á la fuerza, contándose entre ellos 300 húsares austriacos, 300 soldados de infantería austriaca, 200 gendarmes europeos y 18 piezas de artillería; pero antes de llegar á Puebla, supo que esta ciudad habia caído el 2 de Abril en poder de los republicanos.

Supieron los sitiadores de Puebla que Marquez avanzaba desde Méjico al frente de 5.000 hombres, y al recibir la noticia Porfirio Diaz vaciló sobre el partido que debia tomar; si levantar el sitio ó salir á su encuentro; esperarlo, ó dar desde luego el asalto á la ciudad. Decidióse por esto último, lo que hubiera sido una imprudente temeridad, á no haber contado con la bizarría de sus tropas, que se arrojaron como leones sobre las fortificaciones enemigas, despreciando el mortífero fuego y las granadas de mano que llovian sobre los sitiadores.

Tomadas las baterías y defensas del enemigo, todavía se hizo éste fuerte en las casas, que solo abandonó al comprender que se le habia cortado la retirada. El 4 de Abril acabaron los republicanos de apoderarse de todo el recinto, por haberse entregado las últimas fuerzas que se habian guarecido en las alturas que circundan la ciudad. El fin fué sangriento y porfiado, pues los imperialistas perdieron 1.000 hombres, y 2.000 los republicanos. La guarnición de Puebla ascendia á 4.000 hombres, y el número de los sitiadores á 10.000. Despues de la lucha fusilaron los republicanos á 29 entre jefes y oficiales de varias graduaciones, siendo los más caracterizados Noriega, Quijano, Trijueque, Carrillo, Tapia, un hijo del Sr. Herrera, presidente que fué de la República mejicana, y los licenciados D. Rafael Inzarza y don Manuel Romo.

La sangre que corrió en la toma de Puebla, fué un ejemplar penoso, pero necesario, puesto que evitó que se derramase alguna más al rendirse la fuerza que ocupaba el Cerro de Guadalupe. De la victoria de aquel día estaba pendiente acaso el advenimiento próximo de la República, ó su retardo. La sangre que se derramó en la marcha misma del combate, fué precaucion de muchos males. Una ley terrible pesaba sobre los prisioneros, y cerca de diez horas dejó el general Diaz suspensa sobre su cabeza esta

espada moral, con el objeto de que el recuerdo de aquel día fuera indeleble en la conciencia de los hombres que, en el gran conflicto de su patria, habian cambiado el giro de sus armas.

Reunidos por la tarde los prisioneros les dijo: «Una ley condena á Vds. á la pena capital; pero el Supremo gobierno sabrá ser generoso. Mis súplicas y lo que pueda valer se pondrán del lado de Vds. Entre tanto quedan en libertad, á condicion de comparecer cuando el gobierno tenga á bien llamarlos para que respondan de su conducta.» Todos aceptaron con gusto este compromiso.

Dueño ya el general Diaz de ir en busca de Marquez, se puso inmediatamente en marcha, siéndole muy útil la caballería, que molestaba al enemigo en todos sus movimientos, obligándole á abandonar el camino que seguia y retirarse hacia Humantla. Siguiéronle en esta direccion los republicanos, presentándole la batalla que no aceptó, y Marquez precipitaba su retirada sobre la capital, cuando gracias al oportuno envio por el general Escobedo de una division de caballería á las órdenes del general Guadarrama, pudieron aquellos interponerse entre Marquez y la capital, obligándole á buscar refugio en la hacienda de San Lorenzo, donde fué derrotado en el día mismo (10 de Abril) en que se cumplia el cuarto aniversario de la aceptacion del Imperio por Maximiliano. Resolvió en seguida el general Diaz atacar á Méjico, y estaba á punto de establecer su cuartel general en Tacubaya, cuando se vió obligado á cambiar de plan por haber llamado á sí el general Escobedo á la division de Guadarrama.

Marquez perdió en la refriega su tesoro, sus cañones, vió dispersarse toda su gente, y á los ocho dias de su salida volvió á Méjico acompañado sólo de 25 caballos. No temiendo ya Porfirio Diaz que se le inquietara por la parte de Méjico, envió 3.000 hombres para reforzar las fuerzas que sitiaban á Veracruz, y emprendió su movimiento hácia la capital, apoderándose en seguida del palacio de Chapultepec, residencia que fué del Emperador Maximiliano, y de la posicion de Guadalupe, inmediata á la capital.

Reinaba gran desaliento dentro de la ciu-

dad; no se recibian noticias ciertas de lo que pasaba en Querétaro, que aun no se habia rendido, pero que se presumia no tardaría en rendirse. Eran muchos los que presentian cuál seria el desenlace de la guerra, y pocos los que esperaban una reaccion en los sucesos. Empezaron pues las negociaciones para salvar lo poco que podia salvarse de la causa imperial, y empezaron tambien las traiciones, que nunca abundan tanto como al aproximarse la derrota de un partido, de una institucion, de un principio político.

Recien llegado á las inmediaciones de la capital, se presentó al general Diaz el padre Fischer, confesor de Maximiliano, y portador de proposiciones que aquel rechazó. Dentro de la capital habia discordancia de pareceres sobre la resolucion que debia adoptarse; unos opinaban que debia evitarse á la capital los horrores de un sitio, al paso que otros se empeñaban en prolongar la resistencia hasta el último extremo. Algunos solo pensaron en salvar sus vidas, y proporcionarse salvo-conductos para marchar al extranjero. Portilla, que se titulaba ministro de la Guerra, ofreció á Porfirio Diaz entregarle la ciudad, si le aseguraba la vida; y el general O'Haran le hizo al mismo tiempo igual propuesta, ofreciéndole además entregarle á Marquez, con tal que se le proporcionara pasaporte para el extranjero. A todas estas indicaciones, permaneció inflexible el general republicano, que continuaba los preparativos del sitio, logrando colocar sus baterías á 200 metros de las fortificaciones del enemigo, en la seguridad de apoderarse muy en breve de la capital por capitulacion ó por asalto.

Las fuerzas sitiadoras llegaban á cerca de 12.000 hombres, á los cuales se fueron reuniendo sucesivamente 8.000 guerrilleros. La guarnición de Méjico no pasaba quizá de 8.000 hombres, comprendiendo en este número 3 ó 4.000 reclutas, unos 400 austriacos y 200 gendarmes. Marquez, que aun no daba por perdida la causa imperial, se empeñó en resistir hasta el último trance. El cuerpo diplomático intervino, y el lugar-teniente del Emperador contestó del modo más terminante, que el gobierno no entraría en ningun género de negociaciones

con los sitiadores, y que defendería á toda costa la capital.

Seguian entre tanto en Méjico los empréstitos forzosos y exaccion de contribuciones para continuar la guerra, y como estas medidas vejaban igualmente á los indígenas y á los extranjeros, el cuerpo diplomático amenazó con romper sus relaciones. El general Marquez fué dando evasivas, hasta que los ministros residentes hicieron entregar el 29 de Abril una nota colectiva, protestando enérgicamente contra las últimas exacciones. Esta protesta llevaba las firmas del ministro de España y de Francia, del ministro residente de Prusia, y de los encargados de Negocios de Inglaterra, Italia, Austria y Bélgica. El ministro francés llegó á pedir que el cuerpo diplomático abandonase la capital; pero retiró esta proposicion á instancias de los encargados de Inglaterra y Austria. Finalmente, el cuerpo diplomático tomó la resolucion de pedir sus pasaportes, y partir en el caso de que se atentase á la seguridad de los extranjeros, maltratándoles, encarcelándoles ó precisándoles á trabajar en las trincheras.

V.

Como era natural, las gestiones para conjurar la catástrofe que se temia, partieron del gobierno imperial de Viena, desde algunos meses antes de la captura del archiduque. Ya en el momento de retirarse las tropas francesas, el Emperador de Austria, partiendo de la idea de que el Emperador Maximiliano abandonaría á Méjico al mismo tiempo que el general Bazaine, juzgó oportuno examinar la cuestion de si se haría más fácil el regreso del Emperador Maximiliano, reintegrándole en todos los derechos á que habia renunciado antes de partir para Méjico.

Cuando se recibió en Viena la noticia de la captura, se puso todo en juego para provocar una intervencion diplomática de toda Europa en su favor. Ya anteriormente el embajador de Austria en Washington habia recibido encargo de dirigirse al gobierno de los Estados-Unidos, y de apelar á su intervencion y á su accion diplomática, para el caso en que amenazara algun peligro al Em-

perador Maximiliano; y sabido es que mister Seward dió curso á esta instancia, y que el gobierno americano empleó entonces, como ya lo habia hecho antes, sus buenos oficios en este sentido cerca de Juarez.

En ninguna parte como en los Estados Unidos se conocia con tanta certeza la verdadera situacion de los asuntos de Méjico, y en cuanto llegó allá la noticia de que Maximiliano estaba acorralado en Querétaro, el Gobierno de Washington, bien fuese espontáneamente, bien inducido por los gobiernos europeos, empezó á practicar gestiones cerca de Juarez en obsequio del infortunado Emperador, cuya captura se juzgaba inevitable. Con fecha 9 de Abril, Mr. Campbell, ministro acreditado cerca del gobierno republicano, dirigió desde Nueva-Orleans un despacho al Sr. Lerdo de Tejada, ministro de Negocios extranjeros de la República mejicana. Despues de manifestar Mr. Campbell la viva satisfaccion de su gobierno, al saber la retirada de las tropas francesas espedicionarias, y la marcha del ejército republicano sobre la capital, indicaba su desagrado por la severidad con que habian sido tratados los prisioneros de guerra hechos en Zacatecas por el general Escobedo.

Temiendo el gobierno de Washington que en la eventualidad de la captura del príncipe Maximiliano y de las fuerzas que mandaba, se hiciera uso de una severidad semejante, indicaba que la repeticion de tales actos lastimaria sus sentimientos de humanidad, y detendria el progreso de sus simpatías hácia la República mejicana. El despacho de Mr. Campbell terminaba diciendo, que el deseo de su gobierno, era que, en caso de captura, el príncipe Maximiliano y sus partidarios fuesen tratados con la humanidad de que dán pruebas todas las naciones civilizadas con los prisioneros de guerra.

El ministro Lerdo de Tejada contestó desde San Luis de Potosí, con fecha 22 de Abril, manifestando que habia un empeño decidido por parte de los enemigos de la República, esforzándose por desnaturalizar los hechos, estendiendo rumores erróneos respecto á los prisioneros de San Jacinto. Sin negar el castigo de algunos, el ministro de Juarez aseguraba que la mayor

parte de ellos fueron perdonados, y que no se habia considerado á los prisioneros simplemente como prisioneros de guerra, sino como criminales contra las leyes de la nacion y contra la República. Con respecto al archiduque Maximiliano, el Sr. Lerdo de Tejada le increpaba por haber querido continuar vertiendo la sangre de los mejicanos, aun despues de la marcha de los franceses; haciendo notar que, á escepcion de tres ó cuatro ciudades dominadas por la fuerza, vió á toda la República levantarse contra él, y sin embargo quiso continuar la obra de desolacion y de ruina, empeñándose en una guerra civil sin objeto, rodeándose de algunos hombres conocidos por sus depredaciones, por sus asesinatos y por la parte principal que habian tenido en los males que afligian á la República. «En el caso, concluia Lerdo de Tejada, de que estas personas, sobre las cuales pesan tales responsabilidades, fuesen capturadas, no me parece que podrian ser considerados como simples prisioneros de guerra, porque sus responsabilidades son de aquellas que están definidas por las leyes de la nacion y las leyes de la República.»

Cuando fué conocida en Europa la rendicion de Querétaro, Francia, Inglaterra, Rusia y Prusia encargaron á sus embajadores en Washington que uniesen sus esfuerzos á los del embajador austriaco, á fin de salvar la vida del Emperador. Todas las potencias influyeron en este sentido, y en particular la Reina Victoria añadió que se trataba de salvar la vida á un pariente próximo á quien queria. Concebióse alguna esperanza, cuando se supieron las razones con que el Sr. Romero, representante de Juarez en Washipgton, procuraba justificar las medidas rigurosas adoptadas contra el Emperador Maximiliano. Estas razones se apoyaban especialmente en que el Emperador seguiria siendo pretendiente, continuaria reuniendo en torno suyo los personajes turbulentos en Méjico, y por consiguiente tendria al país en un estado permanente de agitacion.

Desde este momento se resolvió en el Consejo de la familia imperial austriaca, que el Emperador Maximiliano fuese reintegrado en todos sus derechos de último agnado que se procurase recabar de él la renuncia

más completa á sus derechos como Emperador de Méjico, y que diese las garantías necesarias para la realizacion y ejecucion de esta renuncia. Espidieronse por telégrafo al embajador austriaco en Washington instrucciones en este sentido, y Mr. Seward se apresuró de nuevo á emplear activamente sus buenos oficios; pero sus esfuerzos fueron inútiles, como lo fueron tambien todas las influencias que dentro del mismo Méjico intercedieron para salvar la vida de Maximiliano.

Nunca se trató la cuestion de rescate. En la córte imperial de Viena, hubiera habido completa voluntad y posibilidad de pagarla, pero hubo que guardar en esto la prudencia más esquisita. Ante todo, era preciso evitar que se despertara la idea de una usurpacion en la jurisdiccion del consejo de guerra que habia abierto el proceso, lo cual hubiera agravado la situacion de Maximiliano.

VI.

Veamos ahora lo que pasaba en la capital, despues de la toma de Querétaro. Por las demostraciones de júbilo que hicieron los sitiadores el mismo dia 15 de Mayo, en la villa de Guadalupe, comprendieron los sitiados que el ejército imperial habia succumbido. Al dia siguiente circuló como noticia lo que el 15 era solo una conjetura, porque en las granadas que dirijieron los artilleros sitiadores, se encontró un telégrama remitido al general Diaz desde San Juan del Rio, dándole parte de la rendicion de Querétaro y de la captura de Maximiliano. La primera impresion de esta noticia, fué de inesplicable júbilo para los republicanos y de estupor para los partidarios del Imperio. Esperábase con ansia los pormenores de un hecho tan importante, y en este estado de zozobra se recibieron sucesivamente y circularon por Méjico, un telégrama del general Escobedo, un suplemento al periódico *La Victoria* que se publicaba en Toluca, y una carta que el general Riva-Palacio dirijia á su esposa, residente entonces en la capital. Todos estos documentos que confirmaban la rendicion de Querétaro, circularon de mano en mano; pero esto no obstante, durante muchos dias se negó con

insistencia la toma de aquella ciudad y la prision del Emperador. La verdad de esta prision se presentaba por unos dudosa, por otros increíble; para algunos la sola duda era ocasion de un reproche, y para otros todo era un ardid del partido republicano que, vencido por las armas, apelaba á medios de influencia moral.

En medio de esta gran perplejidad, recibióse el 28 de Mayo un despacho telegráfico dirijido por Maximiliano al baron de Magnus, ministro de Prusia en Méjico, rogándole que se presentara en Querétaro, con los abogados D. Mariano Riva-Palacio, padre del general republicano del mismo apellido, y D. Rafael Martinez de la Torre, para defender su causa. Los defensores necesitaban pasaporte para la salida y documentos para la defensa, y la persona que debia facilitar todo era el padre Fischer, secretario particular de Maximiliano. Por recomendacion del padre Fischer quedó agregado á los trabajos para la defensa el licenciado D. Emilio Ortega. Era preciso pedir permiso al general Porfirio Diaz, quien acogió con gran cortesania la pretension de los defensores, disponiendo que se suspendieran los fuegos para la hora de su salida, y que se pusiesen los puentes sobre las cortaduras para el paso de los carruajes.

El baron de Magnus y los defensores llegaron á Querétaro á las doce y media de la noche del 4 de Junio. Como su viaje se habia dilatado algun tanto, y era breve el plazo que el gobierno de Juarez concedia para el proceso, Maximiliano se habia visto obligado á encomendar al Sr. Vazquez los primeros trabajos de la defensa; nombramiento muy acertado, porque el Sr. Vazquez gozaba fama de ser un letrado de alta inteligencia, de recto espíritu y de vasta instruccion, cualidades todas que hicieron muy lisonjera su compañía para los abogados que habian ido de la capital. El dia 5 celebraron los defensores su primera entrevista con Maximiliano, y en ella adquirieron la triste persuasion de que en el orden de las probabilidades, seria funesto el resultado del juicio.

La causa se encabezaba con una orden del ministerio de la Guerra, para que el príncipe Fernando Maximiliano fuese juzga-